

HIS PANIA



SUMARIO

PORTADA	por A. Cantó.
ESTUDIO	por L. Bonnin.
UNA CASERA DE ROMPE Y RASGA.	por I. Zuloaga.
EL PAN DE LA GUERRA.	por Blanca de los Ríos de Lampérez; ilustración de Mas y Fondevila
RECUERDO DE UNA CATÁSTROFE	por Julio Borrell.
MARGARITAS Á PUERCOS	por Carlos Vázquez.
DESVARÍO FINAL	por Manuel Lassala; ilustración de J. Garnelo.
ARTE ANTIGUO	por R. Casellas.

Á los señores suscriptores que hayan satisfecho el precio de suscripción y que se ausenten de su residencia habitual, se les mandará la Revista, franco de porte, al punto que se sirvan indicar.



L. BONNIN.—ESTUDIO



I. ZULOAGA.—UNA CASERA DE ROMPE Y RASGA

EL PAN DE LA GUERRA

PÁGINA VIVA

Ilustraciones de A. Mas y Fondevila



UN vivía el segundo de los veteranos de la Independencia que tuve por ayo ó rodrigón en mi niñez, el bueno del Señor Miguel Roch, catalán como mi abuelo materno, á cuyo lado combatió en aquella inmortal campaña, y ya leía yo en los sugestivos *Episodios* de Galdós las memorias de aquellos grandes días por ellos alcanzados, la historia imperecedera que ellos vivieron y aun ayudaron á forjar con sus propias acciones heroicas aunque, oscuras y olvidadas.

Así, cuando por una siesta de verano y á tiempo en que más enfrascada y embebecida me hallaba en la lectura de *Gerona*, escuché en la cocina y entre tumultuosa zalagarda femenil, la voz áspera y honda y el fuerte acento catalán del veterano pronunciar nombres de lugares y personajes de aquella gran tragedia que tan absorta y suspensa me tenía, cerré de golpe el libro, solicitada por interés más agudo y corrí á bañar el alma en aquel moribundo rayo de gloria, á leer curiosamente aquella página viva de la epopeya nacional.

Hallábase el veterano, á pesar de su senectud, enhiesto y por encima de su amarillez, rojo de ira, arrogante de apostura y fieramente hermoso, en medio del grupo bulanguero y burlón de la *guasona* servidumbre andaluza, que asaeteándole con pullas y alfilerazos, gozábase en provocarle y enfurecerle como se gozaría en hostilizar á un león moribundo una turba de gatillos saltarines ó de gozquezuelos ladradores.

— ¡*Mare de Deu*, yo cobarde! — gritó el catalán rojo hasta en la calva. — Yo que me escapé el año ocho *da Barselona*, con otros tres de mi compañía y nos fuimos al Bruch y nos juntamos con aquellos somatenes de Vendrell y de Arbós, de donde era el amo que esté en gloria, y despaché yo solo con mi fusil y mi bayoneta cuatro dragones de Schwartz (Dios sabe como pronunciaba este nombre) y un napolitano que me dejó esta memoria!

Y hablando así abrióse la limpia camisa con tal furia, que hizo saltar los botones y nos enseñó el descarnado tórax, sobre cuya amarilla piel desta-

cábase enorme cicatriz roja, que desde el hombro derecho hasta el opuesto costado le cruzaba el honrado pecho, como una banda de gloria.

Yo, que llevaba los ojos inflamados y el alma deslumbrada por el ardor comunicativo de aquella lectura heroica, sentí conatos de besar la cicatriz del veterano, como se besa una reliquia venerable.

Y apaciguado con mi presencia el tumulto cocinero, dije al benemérito, con el cariño y respeto con que solía hablarle considerándole como á un monumento viviente de nuestras glorias:

— Vamos, Señor Miguel, cálmese y no haga caso de esas tontas que se perecen por hacerle hablar, pero le quieren muy de veras y no dudan de que es V. todo un valiente, que tiene muy bien ganadas las cruces que le dió el Rey Fernando; y cuéntenos algo de aquellos buenos tiempos de su campaña.

Sosegóse el viejo y aplacáronle con cariñosas demostraciones las muchachas, que como buenas andaluzas tenían generoso el corazón cuanto pesadas y provocadoras las burlas; y tan gustoso de satisfacer mi curiosidad como de revivir sus verdes años y sus belicosas lozanías, contónos el bueno del Señor Miguel Roch, este episodio que yo escuché como colgada de sus labios y quisiera consignar con su propio estilo breve, cortado y vibrante, donde se sentía la impresión de lo real, el soplo directo, la respiración ardorosa de la epopeya, como no acertaron á conservarla las páginas eternas, pero ya frías é indirectas de la historia.

Dijo el veterano: — Como después de ver la marca que guardo en el pecho, no han de tenerme por cobarde, ahora soy yo quien les va á confesar que hubo un día, mejor dicho, muchos días crueles, en que tuve miedo, sí; pero no del que avergüenza á los soldados, porque no era temor á cosa viva ni á enemigos presentes. ¡Ello... no se como decirlo! Pero ahí va la historia y *ustés* la califiquen como quieran.

Era allá por los fines del año diez, cuando después de defender como leones á la *Moreneta* (la Virgen de Montserrat) á las órdenes del general Eroles, cogidos por la espalda nuestros artilleros y tomada al asalto la montaña, escapamos como





águilas por aquellos picachos y juntándonos luego con las fuerzas del bravo D. Luis Lacy, corrimos la tierra, arrojando cuanto topábamos y nos internamos furiosos, con hambre de matar, hacia los peñascales de la Cerdaña francesa.

En el camino y al revolver de una senda baja que faldeaba el monte por la misma vera de un derrumbadero, sentimos galopar de caballería, nos emboscamos, y á través del ramaje vimos que los que venían eran polacos, gentes de Suchet, de las que amenazaban tragarse el Principado.

¡Caballeros, qué furia la nuestra!... ¡si nos volvimos locos! ¿Que asomaba un caballo? ¡Le hincábamos la bayoneta por la barriga ó por la boca, se encabritaba, y al despeñadero con el caballo y el jinete! ¡Y así... hasta que no quedó uno!

Pero mientras duró la *faena*, nuestra columna siguió marchando: estábamos solos y sin raciones, rendidos de andar, con los pies hinchados y chorreando sangre, á fuerza de trepar monte arriba. Tratamos de orientarnos; pero... ¡ni señal de pueblos, ni *masías*, ni tropas ni somatenes ni alma viviente! Andando y cayendo, ya sin aliento ni fuerzas, acabamos por esparcirnos y descarriarnos unos de otros. Yo me encontré solo, perdido, medio muerto; y en tal estado me cogió la noche. Una noche fría, en que el viento que me cortaba las carnes y el hambre que me roía las entrañas no me dejaban dormir, y el cansancio y el molimiento no me dejaban velar ni mover pie ni mano.

Allá á la madrugada, el aire fino del amanecer me penetraba los huesos y me avivaba el hambre, un hambre terrible, como la que deben sentir los lobos, ¡como yo no la había sentido nunca! Entonces hice cuenta de que casi no probaba bocado en los tres días con tres noches que llevábamos de marcha, y tocante á vino y cosa caliente... ¡Dios sabrá desde cuando no los catábamos!

¡Señores míos, ustés, á Dios *gracias*, no saben que cosa sea el hambre!

Es á modo de una furia que muerde, y un rescoldo que abrasa y una borrachera que vuelve el juicio y convierte á las personas en perros rabiosos, en fieras bravías... ¡qué sé yo! en algo muy malo...

¡Aquella mañana yo no era hombre! Tuve envidia de los lobos, y ánsia de morder y engullir y devorar carne, mucha carne, aunque hubiera sido sangrienta, y caliente y viva, y... ¡yo no sé! ¡Tuve pensamientos que me asustan cuando los recuerdo!

Tanto me apretaba aquel frenesí del hambre, que me hizo moverme, y gateando, á rastros como las culebras, tiré de mí cuanto pude y llegué hasta el mismo sitio de la matanza de la víspera.

Y allí me puse á mirar, á explorar, á husmear como un podenco algún rastro de cosa comible, aunque fueran raíces ó cortezas ó madera de fresnos.

De pronto y con la luz del sol, que ya se iba levantando por enfrente, vi relumbrar una cosa, por entre un matorral y á la orilla misma del despeñadero. Arrastrándome por las breñas me acerqué y me encontré con el cuerpo grandón y tieso de un polaco, cuya coraza resplandecía al sol en medio de un charquetal de sangre. El muerto era guapo, muy mozo y rubio como unas candelas, y estaba blanco, blanco, como que no debió quedarle gota de sangre, según se hallaba cosido á bayonetazos. Esto debí verlo claro, aunque yo no creía ver ni entender nada, porque así lo recuerdo propiamente y lo veo fijo, fijo, como si lo llevara dentro de los ojos.

¡Maldito si yo reparaba entonces en que aquello era cosa para los cristianos tan sagrada, como el cadáver de un semejante, de un hermano!

Yo buscaba algo que comer, algo que devorar: y como no hallase por allí caballo ni montura ni maleta con cosa de vitualla, ni ración ó mendrugo, me acerqué al muerto, le moví y hallé que á la espalda, aplastado bajo el peso del cuerpo, tenía un morralillo de lona por cuya boca asomaba un pan negro y redondo, un pan de munición, sobre el cual me tiré con ansia de bestia, más que de hombre.

Pero al cogerlo, desatentado, como loco, sentí una cosa fría y pegajosa, que me mojaba los dedos... ¡Virgen de Montserrat! El pan tan deseado, tan rabiosamente querido, el pan que era la vida que se me venía á las manos, estaba lleno, calado, empapado como una esponja, en sangre humana!...

¡Y me lo comí, lo devoré como un buitre, como un cuervo de los que revolaban husmeando los cadáveres por lo hondo de la torrentera!

Comí, devoré y me dormí allí mismo, destronado.

Pero... ¡caballeros, qué sueño, qué calentura, que pesadilla ó que infierno el que me cojió en sus garras!

Yo veía entre sueños, una cosa peor que la guerra, más mala que el hambre, más espantosa que la muerte. Veía una mujer alta, flaca y rubia como extranjera, que pálida, desencajada y echando llamas por los ojos, me gritaba

en una lengua extraña, pero que yo entendía muy bien: —¡Español maldito, cuervo del infierno, que te has bebido y paladeado y tragado la sangre de mi hijo, arrójala, miserable, ó te haré arrojar con ella tus entrañas de tigre!

Y yo sentía *mismamente* que me clavaba las uñas como garfios y me desgarraba las carnes y me pisoteaba el vientre y me mordía el corazón como una hiena.

¡Entonces me despertaba sediento, abrasado, como loco! ¡Y así estuve mucho tiempo, no sé cuanto! Hasta que una mañana, por misericordia de Dios, desperté de aquel letargo y me encontré en una *masía*, donde caritativamente me cuidaron y sané de las calenturas, pero no del miedo.

¡El miedo y las pesadillas y la rabia y el asco y aborrecimiento de mi mismo, por haber mordido y tragado aquel pan empapado en sangre humana... eso, no se me quitará nunca!

Cuando lo pienso... yo que, aunque pecador, soy cristiano y temeroso de Dios, y me voy cayendo á pedazos en el hoyo grande, les juro á ustés que, aunque tengo á mucha honra el haber sido lo que fui en aquella guerra, que era de las buenas y de las santas por la parte de España, daría todas mis cruces—y las quiero como á las telas de mi corazón!— por tal de no haber probado aquel maldito pan de la guerra.

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ





J. BORRELL.—RECUERDO DE UNA CATASTROFE



C. VÁZQUEZ.—MARGARITAS Á PUERCOS

DESVARÍO FINAL

Ilustraciones de J. Garnelo



BAJO el farol de la antesala, especie de linterna arcáica de hierro con vidrios pintados, apiñábase un grupo de personas en torno de Felipe, mientras por la calle, el ruido de la berlina del médico iba retumbando todavía en el silencio de la noche.

—¿Qué ha dicho el doctor?—preguntó ansiosamente una señora alta y delgada, que recibía en pleno rostro un gran brochazo de luz verde.

Felipe, con el ojo derecho y la mejilla teñidos de ocre, paseó un instante la vista sobre aquel ramillete de narices azules y frentes de púrpura y, en voz baja, contestó:

—Que hay un nuevo foco en el pulmón derecho, que el corazón está mal, que las pleuras... ¿yo que sé? En fin, que se le dé el medicamento cada dos horas y que no puede augurarse nada bueno.

Lentamente, pasaron todos á un gabinete inmediato, donde Felipe se dejó caer en un sillón, muy abatido.

—Anímate, hijo mío, ten valor —dijo la señora. Quizá la pobre Aurelia estará mejor mañana; á mí me parece que ya no tose tanto. Todos te ayudaremos en estas horas de amargura. Ahí tienes á tus dos hermanas, á tu cuñado, al amigo Suarez y á Petra, mi sobrina, que no abandona á la paciente.

—Mucho te lo agradezco, Petra.

—No seas niño, Felipe; Aurelia y yo somos dos en una; ya lo sabes. No tendría sosiego, si cediese á otro mi sitio. Ea, anímate, que ella es joven y no debemos amilanarnos.

—Dios te oiga. Y usted, amigo Suarez ¡qué mal rato le estamos dando!

—Calle usted por Dios; la sangre de mis venas le daría yo á la pobre Aurelia.

Había tal acento de verdad en el arranque de Suarez, que Felipe se sintió conmovido y le estrechó la mano, poniendo en aquel mudo apretón lo que no quería salir á la lengua.

—Déjate de niñerías, Felipe; sósiegate —dijo la señora con blandura.

—Cumpliré mis deberes, Mamá —

respondió Felipe levantándose — pero no quiero que pasen todos mala noche; es menester poner orden aquí.

Después de muchas protestas y ofrecimientos, se convino en que se acostaría todo el mundo, á excepción de Petra que velaría con Suarez en el comedor, por si hiciesen falta en un momento dado, y de Felipe que no quería moverse de la alcoba de la enferma.

* * *

Instalados cómodamente cerca de la chimenea del comedor, los dos compañeros de vela parecían escuchar el ronquido del fuego, hipnotizados por el resplandor de las brasas, atraídos por la metamórfosis gloriosa que en un pedazo de leña aviva todas las energías ocultas y descubre la fuerza candente, purificadora y expansiva. Con la cara arrebolada por los reflejos del hogar, la honda melancolía de Petra perdía toda la austeridad de la aflicción, y Suarez, que se sentía angustiado, tuvo algún alivio al levantar los ojos y dar allí, tan cerca, con una cabeza tan bonita. Pero no, no eran los momentos para dejarse llevar de impresiones idílicas. La pobre Aurelia se moría acaso.





Suarez, por resabios de flirtación, esbozó mentalmente un piropo, mas no despegó los labios, escandalizado de sí mismo y sorprendido de hallar en su corazón un fondo tan contradictorio.

Seguían los dos así callados, cuando se dejó oír claro y vibrante, desentonado, intempestivo, el lloro de una criatura.

— Es Felipín que se ha despertado — dijo Petra levantándose apresuradamente.

— Pues tráigalo usted acá y veremos si se acalla.

Petra volvió al minuto con el niño envuelto en un mantón. Ya no lloraba: un gruñidito suspiroso era el único acompañamiento de los restregones de ojos.

— Ven aquí, picarón, zanguango, que me vas echando un génio... Ajajál ¿Quiéres dormir al bracito?

Suarez había tomado á Felipín con un movimiento espontáneo y, mientras lo tuvo contra su pecho, la angustia de dentro se hizo tan soportable que casi no la sentía.

Petra le sacó de esta ocupación gustosa con una sonrisa agridulce.

— Bonito está usted, señor de Suarez, ejerciendo de niñera. Ustedes no sirven para eso: démelo acá, que yo se lo llevaré á su abuelita. Temo que vuelva á llorar y alborote la casa.

Suarez se desprendió del niño y otra vez volvió á sentir la angustia.

— ¿Qué edad tiene ese arrapiezo? — preguntó cuando Petra estuvo de vuelta.

— Tres años y dos meses. Muy mala memoria tiene usted.

La mirada que acompañó á estas últimas palabras

desconcertó de tal manera al ínclito caballero, que solo acertó á contestar:

— ¡ Parece mentira que haga cuatro años que se casó Felipe!

— No, señor, — saltó la dama — que hace ya cerca de ocho.

— ¿ Ocho? Calle; pues es verdad. ¡ Cómo envejecemos!

— Sí, esa es la ley: envejecer ó morir: no hay escape.

Suspiró la dama y Suarez volvió la vista al fuego.

— Lo he dicho por mí — añadió éste tras una pausa. Usted es siempre joven y... ¡ pero qué hermosa es usted, Petra!

— ¿ No lo había usted advertido nunca? — replicó ella con sorna.

— No todo lo que se advierte puede decirse á tiempo. De veras, Petra...

— Con esas adulaciones nos engañan ustedes. Ton-tas de nosotras que... pero vale más callar.

— No creo que haya ofensa alguna en...

— ¡ Ofensa! ¡ Perdón! Déjeme V. en paz, señor de Suarez. Hablemos de Aurelia.

El caballero se llevó la mano al pecho.

— Está muy grave ¿ verdad?

— Gravisima; en todo el día ha cesado el delirio. Apenas conoce á los de casa.

— Ea, no hay que recargar el cuadro de tinta — dijo Suarez muy intranquilo: no perdamos la esperanza.

— Sí, la esperanza, la fé y las demás virtudes: nadie conoce mejor que yo á la mujer de Felipe: su mal es muy hondo.

— ¿Muy hondo?

— Sí; pues sí, amigo Suarez, muy hondo — acentuó Petra.

— Baje usted la voz, por favor.

Oh! ¡Qué largo cuchicheo entre dos cabezas próximas, en aquella noche lúgubre, al amparo del silencio solemne, en la semioscuridad del gran comedor de roble viejo, invadido por ráfagas del olor de éter que circulaba por toda la casa! Grandes sombras aleteaban al rededor de la pantalla del quinqué, casi apagado, y el fuego del hogar iba mermando lentamente, cubriéndose de ceniza, perdiendo el fulgor de minuto en minuto.

Entretanto, Felipe había acudido á la cabecera de la enferma. En la puerta del dormitorio, encontró á la doncella de su mujer.

— ¿Le has dado la cucharada?

— Sí, señorito. ¿Qué dice el médico?

— Que esta noche está peor. Vé y acuéstate vestida, que ya te haré llamar si haces falta. ¿Dónde has dejado el *plaid*?

— Á los pies de la cama.

— Está bien. Vete.

Á la ténue luz rosa de la lamparilla puesta sobre la mesita, se distinguían confusamente las colgaduras y los muebles, sumergidos en sombras inquietas; solo algún chispazo se concentraba en los cachivaches del tocador, y una claridad suave y carminosa envolvía el lecho donde Aurelia, con los hombros y la cabeza levantados por almohadas, denotaba su presencia con una respiración breve y presurosa. El aire del cuarto, húmedo y caliente, era opresivo; un aire de pesadilla, empapado del arábigo perfume del papel de Armenia y de los aromas de las pociones.

Felipe se sentó al lado de Aurelia, en el borde mismo de la cama, y la tomó una mano.

Al sentir el contacto, abrió la enferma los ojos y los volvió con ternura hacia su marido.

— ¿Cómo estás, alma mía? — preguntó él.

— Muy bien. Ahora mismo voy á ponerme el sombrero. Dí que enganchen.

— Luego, luego, vidita.

— Vámonos. Necesito respirar aire puro.

— Corriente; pero no te fatigues así. Ahora, duerme.

Cerró los ojos Aurelia y Felipe la estuvo contemplando con punzante dolor. Se moría: no se forjaba él ilusiones. Una mujer tan buena, tan cariñosa, morir así, en una semana! ¿Qué mundo es este?

Allí estaba la pobrecilla, la flor de sus amores, con su hermosura de angel gótico, con el óvalo fino del rostro entre las bandas de rubio cabello! ¡Ah! ¡Cómo revivían en la memoria del infeliz esposo, mil y mil incidentes de aquellos ocho años de ventura!

Largo, muy largo rato, duró esta meditación amarga. Al cabo, Felipe la llamó para darle el medicamento.

Aurelia abrió otra vez los ojos y con sus dos manos ardorosas estrechó la de Felipe. Su voz entrecortada dijo:

— Gracias, Pepe, gracias. Creí no volver á verte.

— Soy Felipe. ¿No me conoces? ¿Estás soñando?

— No sueño, no. No te confundo con él. Acércate, acércate más. Un beso.

— ¿Un beso?

— Sí, Pepe; no seas malo. ¿Ya no me quieres?

Pero el marido no se movió. Desde el pecho, velozmente, un círculo frío le subía al cuello, á las sienas, á la raíz del cabello, como una vibración extraña y el contorno de Aurelia le parecía que oscilaba, como si fuera á disolverse en aquella luz parca y rosada.

— ¿Qué estás diciendo? ¿Á quién hablas?

— Agua, dame agua.

— Aurelia, contéstame.

— Aire, mucho aire; me ahogo...

— ¿Quién es ese Pepe? ¿Qué apellido tiene?

— Horchata... hielo... aire...

La moribunda se llevó las manos á la garganta y dejó oír un estertor agudo y trabajoso.

Felipe se puso en pie, con la cara ágridamente contrariada. La figura de su mujer cabrilleaba con las olas del mar, y ante el espectáculo de la asfixia rápida de Aurelia, el mísero no hallaba en el recinto vacío de su cabeza más que una idea: Pepe... Pepe Ronquillo, Pepe García... Pepe Suarez... ¿quién no se llama Pepe?

De pronto, alguien dió vuelta al conmutador y la luz eléctrica, cruda y descarada, inundó el aposento. La alarma había cundido y en torno de la cama, amedrentados y pálidos, los de la casa se aproximaban al terrible grupo: la muerta lívida y el vivo cadavérico mirándose con horror en aquella hora suprema.

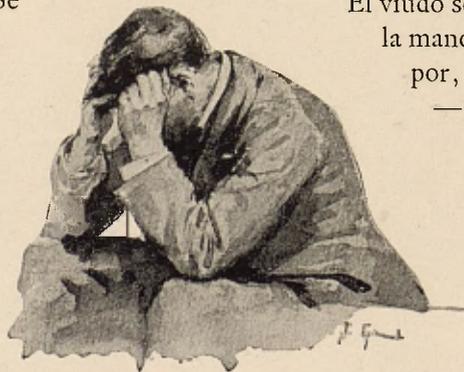
— ¡Jesús! ¡Qué trastorno! — exclamó la Mamá, que traía en brazos á Felipín. Y adelantándose hacia Felipe:

— Desahógate, hijo mío; vuelve los ojos á esta criatura.

El viudo se irguió de repente, apartó con la mano al niño y, saliendo de su estupor, rompió en un sollozo:

— Oh! No; dejadme.

MANUEL LASSALA



LA VIRGEN MARIA Y SAN VICENTE FERRER

DÍPTICO DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI, PROPIEDAD DE DON EMILIO CABOT

La pintura en tabla que en estas páginas se reproduce, perteneciente á las riquísimas colecciones de nuestro amigo del alma D. Emilio Cabot, es una de las obras de arte antiguo, cuyo descubrimiento más profunda emoción nos ha causado. La historia de este descubrimiento ó, mejor dicho, de esta resurrección, vale la pena de ser contada.

Hará como dos años y medio, tres todo lo más, que Don Luis Quer, el inteligentísimo comerciante de antigüedades, que tantas cosas buenas ha desenterrado para delectación de los *amateurs*, invitó un día á los más íntimos tertulios de su establecimiento á ver un retablo que acababa de exhumar en una de sus provechosas excursiones por las comarcas catalanas. (*) Allá fuimos los tertulios, correspondiendo á la invitación; mas, entre chasqueados y sorprendidos hubimos de quedar, cuando el simpático

chamarilero nos mostró la hoja de una puerta, así como suena, la hoja de una puerta pintada al temple de un color grisáceo, con fuertes moldurajes en claro-oscuro que afectaban la forma de los correspondientes cuarterones. Nos quedamos mirando con extrañeza al anticuario, como preguntándole con la mirada, que si era para enseñarnos un madero embadurnado que nos había invitado.

—Es que debajo de la capa de color al temple — manifestó nuestro hombre, contestando á la muda interrogación, — se oculta una pintura antigua, que sospecho ha de ser esplendorosa.

Y así diciendo, fué mostrándonos algunos puntos de la tabla por donde había empezado sus habilidosas excavaciones. Con un instrumento cortante había en parte levantado la costra del embadurnamiento... y aquí aparecía un brillante fragmento de fondo acupuntado, y allí asomaba la cabecita de una figura y más allá surgía el plegado de un vestido. La paciente operación duró bastante tiempo, y no es fácil explicar el interés con que asistíamos á aquella especie de resurrección. El díptico, por fin, apareció un día todo entero á nuestros ojos, claro, luminoso, fresco, como si el artista lo acabase de pintar...

El bárbaro que embadurnara el espléndido retablo no pudo sospechar siquiera que, al profanarlo, lo conservaba nuevo, virgen, para la posteridad, librándolo de los agentes exteriores, de las injurias del tiempo, de los enemigos

mortales de la pintura, que hacen palidecer los tonos, que matan la hermosura del color.

Pero si el díptico se ofrecía encantador á nuestros ojos, con su clara tonalidad, con su frescura mate de pintura al huevo, con sus blancas ó cerúleas manchas, apenas contrastadas por la gravedad de algunos tonos sombríos, no se ofrecía menos interesante á nuestro estudio en concepto de ejemplar curiosísimo y significativo para la historia de nuestro arte. Aquella tabla, que á todas luces data de los comienzos del siglo XVI, señala por una parte con acentuados caracteres las influencias flamencas que en nuestro arte predominaron desde la mitad del siglo anterior, y marca por otro lado la postrera etapa de nuestra gran pintura ojival. En *La Virgen María y San Vicente Ferrer*, el espíritu subsiste gótico, gótica la manera, gótica la co-



(*) El díptico procede de una iglesia de la ciudad de Cervera, donde, completamente embarrada al temple, servía, dentro de la hornacina de un altar, de fondo á la estatua de un santo, tallada en madera.



loración, góticos los accesorios, góticas las leyendas, gótica la ornamentalidad; pero cierta tendencia á la plenitud de formas, cierta preocupación excesiva del claro oscuro, ciertas tentativas, harto tímidas, de dar movimiento á las figuras, delatan las fluctuaciones de espíritu de un pintor, que de buena gana se iniciaría en las novedades del Renacimiento, sino se sintiese atado al estilo viejo por seculares prácticas de oficio y por respetos á la tradición.

De los dos compartimientos que forman el díptico, el más valioso por su arte es indudablemente el que representa á San Vicente Ferrer en compañía de sus dos patrocinados, los donantes en oración. El santo predicador, destacándose sobre dorado fondo de acupuntura, aparece de pie y revestido con el sayal y el escapulario blancos y la capa negra de la orden dominicana. Con la mano derecha señala una imagen del Salvador del mundo que campea en la parte superior de la tabla, y con la izquierda sostiene un libro abierto, en cuyas páginas vése transcrito en bellos caracteres góticos, aunque con poca gramática, el conocido texto latino, sacado, sino andamos trascordados, de la obra *De fine Mundi*, del propio Vicen-

te Ferrer, que empieza así: *Timete Deum et date illi honores, etc., etc.* (**)

A los pies del gran predicador se presentan arrodillados y de tamaño mucho menor que el del santo, su patrón, los dos ofertores del retablo: un matrimonio burgués de la época, cuya representación constituye el fragmento más notable de la obra. Concebidas al modo naturalista de los grandes pintores flamencos, surgen ambas figuras estereotipadas con el acento más ingenuo de la verdad y animadas por el soplo más intenso de la vida. Ni Thierry Bouts, ni Quentin Metsys hubieran desdeñado firmar aquellas cabezas, tan maravillosas por su caracter fisiológico, tan maravillosas por su expresión de fervor, que de lejos acusan el ingenio de un retratista excepcional. Con las manos juntas, con sus ojos dirigidos á lo alto, con su ademán de celestial arrobamiento, los devotos esposos parecen exhalar la tierna plegaria que flota sobre sus cabezas, formulada en ancho filacterio: *Salva nos, domine Jesu.*

Y el niño Jesús, que aparece en el otro compartimiento, llevado en brazos por su Santísima Madre, corresponde á la ferviente súplica con otro filacterio que dice: *Salvabo vos.* Esta segunda parte de la tabla, si como realiza-

ción pictórica no llega ni de mucho al valor de arte de la primera, como fragmento decorativo produce bella impresión. Con su alba túnica recamada de doradas flores y su holgado manto de color de cielo, surge la imagen de María, triunfante como una reina y amorosa como una madre, por entre los resplandores de una aureola fláminga, con estrellada diadema sobre la cabeza y la casta luna bajo los pies.

R. CASELLAS

(**) El buen pintor no andaría muy versado en latines, cuando puso *Timete Deus et date ille honores, etc.*, según puede verse en la adjunta reproducción.

OBRAS COMPLETAS
DE
PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

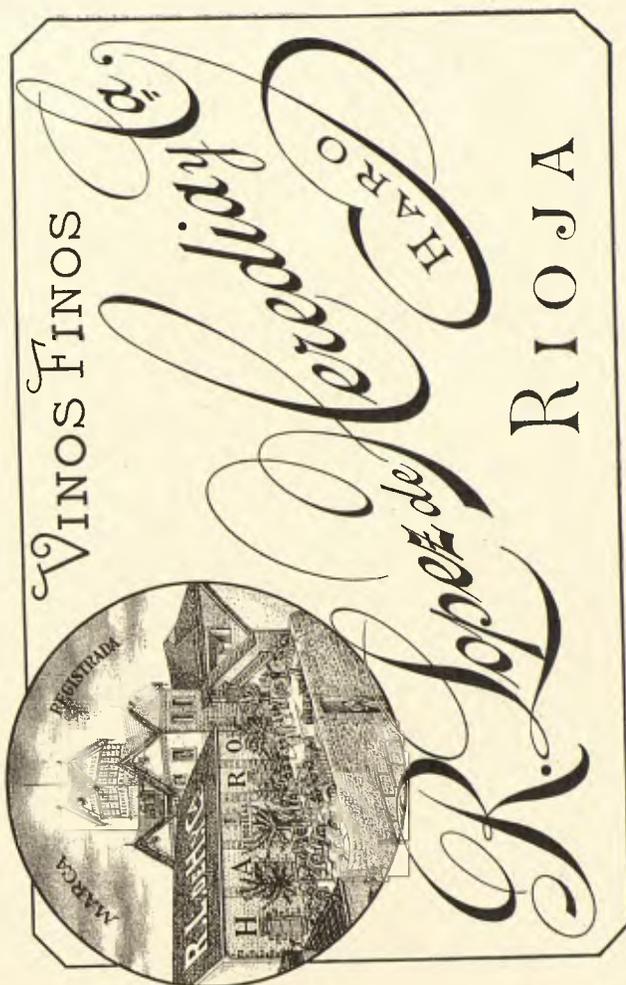
- | | |
|--|--|
| 1. Los hombres de pro,
<i>con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO.</i> | 8. Bocetos al temple.
Tipos trashumantes. |
| 2. El buey suelto... | 9. Sotileza. |
| 3. Don Gonzalo González de la Gonzalera. | 10. El sabor de la tierra. |
| 4. De tal palo, tal astilla. | 11. La puchera. |
| 5. Escenas montañosas. | 12. La Montálvez. |
| 6. Tipos y paisajes. | 13. Pedro Sánchez. |
| 7. Esbozos y rasguños. | 14. Nubes de estío. |
| | 15. Peñas arriba. |
| | 16. Al primer vuelo. |

— FUERA DE LA COLECCIÓN —

PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º, 3 pesetas*

TIPOS TRASHUMANTES,
edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º, 5 pesetas

DISCURSOS
leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897. Un tomo en 8.º, 2 pesetas



JIMENEZ & LAMOTHE

DE VENTA EN TODAS PARTES

OLD BRANDY
COGNAC
PURO DE VINO

MALAGA
MANZANARES

SUN
LIFE ASSURANCE
SOCIETY LONDRES

Gerente
Secretario
C. INNELL

ESTABLECIDA EL AÑO 1810

SOCIEDAD DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA

CALENDARIO PARA
EL AÑO 1900
OBSEQUIO
DEL
SUN

DIRECTOR GENERAL
ESPANA - PORTUGAL
ERNEST NOBLE
BARCELONA

PLAZA D' CAIGLE

ATLAS GEOGRÁFICO



SEGUNDA EDICIÓN

aumentada con un Mapa de las tierras descubiertas por España y Portugal.

Mapa de Cuba, doble tamaño

Mapa de Puerto Rico y de la Bahía de Manila

Completo y encuadernado, 12 PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES

hermenegildo Miralles, Editor

59, Calle de Bailén, 70

•BARCELONA.

